

FUNERAL DE DON FERMÍN

(Catedral de Badajoz, 24 de abril de 2026)

Queridos hermanos sacerdotes, particularmente tú, querido Don Demetrio, hermano del amado Don Fermín. Queridos familiares y amigos de Don Fermín, queridos todos en el Señor Jesús: ¡*El Señor os dé la paz!*

Nuestro presbiterio vuelve a estar de luto. Hace muy pocos días hemos dado cristiana sepultura a Don Miguel Ponce. Hoy la *Hermana muerte corporal* nos vuelve a visitar llevándose consigo a la casa del Padre e nuestro hermano Fermín. “Mis caminos no son vuestros caminos, ni vuestros pensamientos los míos” (Is 55, 8). Fermín era del Señor y el Señor que nos regaló su presencia durante todos estos años de su vida, ahora lo llamó a sí. Por la vida, la misión y la muerte de nuestro hermano presbítero: “Loado seas mi Señor”.

Sacerdotes, consagrados y fieles del pueblo santo de Dios, nos hemos reunido en esta Iglesia Catedral Metropolitana de la que Don Fermín era canónigo, para despedir a nuestro hermano y decirle un “hasta luego”, hasta encontrarnos con él en la casa del Padre. Se lo decimos, al mismo tiempo que confesamos nuestra fe en la resurrección del Señor y nuestra fe en la resurrección de los muertos.

Jesús nos promete otra vida: la vida de resucitados, como Él y junto a Él. Esta fe en la resurrección es la que nos da fuerzas para seguir viviendo y para trabajar con nueva ilusión en esta vida. Porque nuestra vida y nuestra muerte tienen un sentido, son un paso hacia esa nueva vida que nos prometió Jesús. En medio de esta vida dolorosa y apasionante a la vez, se nos abre un camino hacia la liberación definitiva. Somos creyentes y la fe en la resurrección es la que da verdadero sentido a nuestra existencia.

Fermín era un sacerdote. Un sacerdote que ha entregado su vida de manera silenciosa y seguramente fecunda al servicio de Dios y de su Iglesia. Su vida no fue ruidosa, pero sí, significativa. Una vida sembrada en el terreno de la educación, de la formación y del acompañamiento espiritual.

De don Fermín podríamos decir, ante todo que fue un sembrador. Sembró en las aulas, en las que ayudó a crecer no solo en el conocimiento, sino también en la fe y en la humanidad a los jóvenes estudiantes. Sembró en nuestro seminario, en el que ejerció de Director espiritual. En él pasó largas horas a formar corazones sacerdotales, acompañando procesos, iluminando dudas, consolando y animando en momentos difíciles y sosteniendo vocaciones. De su mano fueron muchos los que encontraron luz a la hora de tomar decisiones. Sembró en la parroquia de San Andrés y de San José, donde trabajó en el acompañamiento de la comunidad cristiana.

El Evangelio nos recuerda que el buen pastor conoce a sus ovejas y da la vida por ellas. Fermín era una de esas ovejas bien conocidas por el Buen Pastor, Don Fermín era una de esas ovejas por las que el Buen Pastor dio su vida. Por todo ello estamos seguros que el Señor le habrá salido al encuentro con palabras de acogida: “Ven siervo fiel y bueno a gozar del banquete de tu señor.

Hoy toca dar gracias por su vida, por su vocación y su entrega generosa. Gracias por tantas horas de escucha, de consejo, de oración. Gracias por haber sido instrumento de Dios entre nosotros.

Hoy queremos recordar ante el Señor a nuestro hermano Fermín, pero no solo. El mejor modo de recordarlo es acoger su testigo. Él nos deja un testimonio de humanidad; de cercanía los demás. Preocupado de estar siempre atento a como pudieran estar los demás, sobre todo a los enfermos. Nos deja el testimonio de un sacerdote culto y bien formado teológicamente y filosóficamente, con una gran capacidad para relacionar acontecimientos, ponerlos en relación. Nos deja, sobre todo el ejemplo de un buen sacerdote. Él nos enseñó con su vida que lo importante no es brillar, sino servir, lo importante no es imponerse, sino acompañar, no es buscarse a unjo mismo sino darse. Todo un programa para nuestra vida de discípulos del Señor y particularmente para nosotros sacerdotes. Estoy convencido que fue el programa de vida de Don Fermín y el de tantos otros sacerdotes de ayer y de hoy.

Estamos en vísperas del domingo del Buen Pastor. En él la Iglesia no llama a contemplar el Buen Pastor que cuida de su grey. La imagen del Buen Pastor cargando sobre sus hombros un cordero o una oveja nos sugiere la ternura de Cristo y su amor solícito por los miembros de su comunidad. Una buen retrato de lo que es o debe ser todo pastor puesto al servicio del pueblo. Un domingo en el que la Iglesia nos invita a orar y trabajar por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Que Jesús, el Pastor que vive, la puerta que nos introduce a la salvación el Padre, conceda, a la Iglesia de Mérida-Badajoz que peregrina por estas tierras extremeñas, vocaciones sacerdotales que continúen el servicio al pueblo de Dios como “alter Christus”. Que como él, nos dé pastores que vayan por delante de las ovejas, busque a las ovejas perdidas, dé la vida por sus ovejas.

Estamos de lleno en el tiempo pascual. El cristianismo comienza con la Pascua. Sin la Pascua no tendríamos evangelio que predicar, ni Cristo en el que creer ni iglesia a la que pertenecer, ni misión que llevar a cabo. Alegrémonos. Cristo ha resucitado. Él es el pastor que vive Preguntémonos: ¿Creemos en Cristo Buen Pastor? Si es así, escuchemos su voz reconozcamos su autoridad, comulguemos con su mensaje. Dejémonos guiar por Él

Que el Señor le conceda el Descanso eterno y haga brillar para él su luz perpetua. Y a nosotros nos conceda seguir caminando con esperanza, sostenidos por la fe y fortalecidos con el ejemplo que nos dejan tantos hermanos sacerdotes que hay pasado a la casa del Padre.